

infinitas generaciones y que estos gérmenes serán lo que él quiera que sean?

“Ni las tentaciones que os atormentan, dice el P. Monsabré, ni las seducciones que os cercan, ni las mentirosas promesas del deleite, ni los ejemplos escandalosos del mundo triunfarán de vuestra razón y de vuestro valor, si ponéis el oído al porvenir, para escuchar las quejas de vuestra posteridad.”

Así, pues, la herencia, ley de solidaridad, de armonía, de efusión, de alta moralidad, es según las frases hermosísimas del P. Monsabré, una ley de justicia, de sabiduría, de amor por parte de Dios.

Si se ha hecho para nosotros una ley de pecado y de miseria, no es de Dios de quien debemos quejarnos.

El pecado original es, como lo hemos dicho, una ley de herencia: todos los hombres que vienen de Adán, por generación, quedan inficionados de esa culpa, que redujo á la humanidad á las condiciones de pura naturaleza.

Contra este principio, que es un dogma en la

Iglesia católica, se levantan los novadores de hoy, como se levantaron los herejes, en otro tiempo.

No es concebible, dicen, la transmisión de la culpa original.

La parte del hombre, que primera y principalmente queda despojada de los dones de Dios, por la culpa, es el alma, y el alma no es obra de la generación humana; es Dios quien la hace venir á la vida.

La acción del hombre, dicen esos novadores, se detiene en los confines de la carne, y quedaría ineficaz si la Omnipotencia Divina no hiciere descender el espíritu de vida al germen de que se ha apoderado la fuerza generadora.

Dios, por lo mismo, sería el primer culpable de ese vacío que detesta en nosotros, porque de él depende ó rehusar á una carne enferma el espíritu que va á degradarse uniéndose á ella, ó comunicar á ese espíritu tal abundancia de vida, que la carne se levante por su unión con él.

“Cierto es, dice el P. Monsabré, que el alma no viene directamente del hombre. Pero es enteramente falso que Dios pueda, á su arbitrio, rehusar á la carne el espíritu que reclama, como es también falso que esté obligado, como Criador, á

comunicarle más vida que la que esencialmente exige su naturaleza.”

“Desde el momento en que todas las condiciones del acto por el cual engendra el hombre, continúa diciendo el P. Monsabré, quedan normalmente cumplidas, tiene derecho á que toda su naturaleza quede reproducida, y lo que él no puede hacer, Dios debe hacerlo, para cumplir la ley que El mismo estableciera.

Dios quiso que Adán y Eva se multiplicaran, es decir, quiso que se reproducieran: esta fué una ley invariable impuesta á los dos primeros moradores del Edén.

Esa ley, que es una ley eterna é invariable, tiene que cumplirse.

Si, pues, el hombre, para reproducirse, sólo puede contribuir con el contingente de la carne, preciso es que Dios, si quiere que su ley subsista, ministre, por creación, el espíritu, que es lo que integra á la naturaleza humana.

Tal es la frase de Santo Tomás, tan concisa como evidente. “Si el alma, dice, no se trasmite por virtud de la generación, porque los elementos materiales de la generación no pueden causar una

alma racional, mueve, sin embargo, á ella dispositivamente.”

“Se trasmite, en consecuencia, concluye Santo Tomás, por virtud de la generación, la naturaleza humana del padre á su descendencia, *unde per virtutem seminis traducitur humana natura a parente in prolem.*”

No queda, pues, Dios en libertad para dar ó no el alma á ese germen de que llega á apoderarse la fuerza generadora.

O lo que es lo mismo, permitiéndose la frase, el hombre tiene derecho á que Dios crie un espíritu que integre, que sea la forma de la carne por él engendrada.

“Pero este derecho, continúa el P. Monsabré, se limita á que la naturaleza del hombre se reproduzca tal como era en esa naturaleza.”

Si, pues, esa naturaleza está reducida por el pecado á sus solos principios constitutivos, Dios no le debe más.

Otra objeción se hace contra la trasmisión de la culpa original.

Esa ley de que todos los hombres nazcan en pecado, podía ser tolerable, si Dios dejase á los hombres tiempo para rehabilitarse, si Dios sólo permi-

tiera que sufrieran la maldición de Adán aquellos que, por sus libres prevaricaciones, quisieran mantenerse en ella.

Pero no es así, por desgracia; más de la tercera parte de la humanidad es segada en flor, y si debe creerse, dicen los novadores, la bárbara teología católica, la cólera de Dios pesaría sobre millones de pobrecitos niños que no han cometido otra culpa que salir, sin saberlo, del seno de una madre pecadora, y haber carecido, sin culpa suya, de un poco de agua que les abriera las puertas del cielo.

La respuesta á esta observación, es la tranquila palabra de Santo Tomás de Aquino.

“Las almas de los niños muertos, dice, no serán privadas del conocimiento que deben tener las almas separadas, según su naturaleza: carecen del conocimiento sobrenatural, porque no han escuchado la predicación ni recibido el sacramento de la fe. Sin duda exige la naturaleza que el alma sepa que ha sido creada para la bienaventuranza, y que esta bienaventuranza consiste en la adquisición del bien perfecto; pero lo que excede al conocimiento natural, es que ese bien perfecto consiste en la gloria que los santos poseen: eso no es

natural, porque, como dice San Pablo, ni el ojo vió, ni el oído escuchó, ni en el corazón del hombre existe la idea de las cosas que Dios ha preparado á los que le aman; esas cosas han sido reveladas á los cristianos por el Espíritu Santo, y esa revelación pertenece á la fe.”

“Las almas de los niños, concluye Santo Tomás, no sabiendo que están privadas de tan grande bien, no experimentan dolor por esta privación; y poseen en paz el bien de la naturaleza.”

“Estos pobrecitos niños, agrega el P. Monsabré, están separados de Dios en cuanto á la unión que hay en la gloria, pero no dejan de participar de los bienes naturales y pueden gozar de Dios por el amor y el conocimiento.”

El mismo Doctor angélico dice en otra de sus obras: “Para el pecado original no hay pena de sentido: hay únicamente pena de daño, á saber, la carencia de la visión divina.”

En el libro segundo de las Sentencias se expresa de este modo: “Esos niños no sufrirán dolor por carecer de la visión divina: gozarán, porque participan mucho de la divina bondad y de los dones naturales que ella les prodiga.”

Algunos teólogos se han propuesto esta difícil-

tad: La privación de la visión divina puede hacerse sentir sin dolor y sin tristeza?

Tres soluciones se han dado á esa dificultad.

La primera es la de los que enseñan que los niños no han de estar presentes al juicio final, y de consiguiente, no han de conocer que por el pecado han quedado privados de la bienaventuranza celestial.

La segunda es de Santo Tomás, el cual afirma que los niños comparecerán ante el Juez supremo, en el último día de los tiempos, pero no conocerán la bienaventuranza de los santos que esos niños perdieron, ni la causa por la cual la perdieron. Y la razón es que ese conocimiento no puede adquirirse por las solas fuerzas naturales, sino por la revelación y la fe sobrenatural.

La tercera es la de los que sostienen que los niños asistirán al juicio y que conocerán todas las cosas que allí pasen; pero que no percibirán dolor alguno por la felicidad perdida, porque en parte por disposición providencial y en parte por la rectitud natural de su voluntad, han de estar conformes con las disposiciones del cielo y contentos con los dones naturales de que estarán dotados.

Queda, pues, enteramente firme el dogma católico: la trasmisión de la culpa original es inevitable y no implica injusticia por parte de Dios.

Nada, en el terreno científico, puede combatir con éxito esta verdad, que la Iglesia enseña y que constituye uno de sus dogmas.

“Una sola cosa es indudable, dice el P. Martínez Vigil en su preciosa obra *“La creación ante la ciencia, la crítica y el racionalismo.”* las ciencias naturales, la crítica histórica, las tradiciones de los pueblos y las ciencias todas auxiliares de la etnografía y de la antropología, no han encontrado, en el largo trayecto de sus pacientes investigaciones, un solo hecho que debilite el dogma católico del pecado original y su trasmisión á todo el linaje humano. Y sin hacernos eco por el momento de la remembranza más ó menos clara que conservaron los pueblos más antiguos del globo de esa catástrofe primitiva, remembranza que nos han transmitido en monumentos de antigüedad indiscutible; sin examinar aquí si el estado salvaje á que descendieron algunas tribus de tiempos remotísimos, evocados de sus tumbas milenarias por la antropología prehistórica, es ó no consecuencia del pecado y resultado necesario de

anterior civilización extinguida como Schelling, defiende, basta fijar la atención en la humanidad que nos rodea, para comprender que sólo el dogma del pecado original explica plausiblemente sus aspiraciones, sus luces, sus vicisitudes y su historia.”

“El hombre, continúa el sabio dominico, es una mezcla incomprensible de grandeza y de miserias. Rey de la creación, por la fuerza de su inteligencia, se apodera del rayo con Francklin, analiza los astros con Birchoff, los pesa con Kepler y Hook, descubre nuevos mundos con Colón y aplica al vapor el movimiento con Wat; mientras que abrigando un convencimiento, consciente é inconciente de su origen divino y de su vocación altísima, si no adora á Dios se hace Dios negándole, y no se satisface con el señorío y posesión de cuanto abarca con su mirada, limitada únicamente por el horizonte del tiempo.”

Y los odios, los perjuros, la impiedad, el parricidio, la violación de las leyes más apremiantes de la naturaleza, los ataques á la propiedad, las injurias, los improperios, las calumnias, anidan, sin embargo, en el corazón de aquel rey, en la inte-

ligencia de aquel genio formado para rendir culto perenne al bien y á la verdad.

Todo en el universo camina en admirable concierto sin que haya otra nota discordante, ni otro gemido de angustia, ni otra infracción de leyes que los que provienen de la proscrita descendencia de Adán.

Preciso es confesarlo, á despecho de las teorías de los sabios de hoy: el hombre es un rey con reminiscencias indelebles de su antigua grandeza.

“Es un soldado herido en su primera contienda, dice el P. Martínez y Vigil, en los albores de su aparición sobre la tierra, que restaña con la sangre del Redentor las llagas que le causó el pecado original y los pecados personales y se apresta á la reconquista del perdido paraíso.”

“El Adán antiguo y el nuevo Adán, la caída del Eden y la redención del Gólgota son los polos en que descansan la historia y los destinos de la humanidad; son la fuente sellada do la sabiduría racionalista no penetrará jamás para enturbiar las cristalinas aguas de la verdad revelada que alimentan nuestra fe en Cristo, camino, verdad y vida de las almas.”

Podemos resumir nuestras observaciones en estos dos principios:

Enseña la fe que la naturaleza humana perdió por el pecado de su primer padre los dones sobrenaturales, quedando debilitada en los naturales.

La ciencia no explica la naturaleza del alma, y nada objeta que tenga fundamento científico contra ese dogma trascendental de la religión cristiana.

— —

“La cuestión del pecado original es de tal importancia, dice San Agustín,¹ que en ella propiamente consiste la fe cristiana.”

“El que niega el pecado original, dice en otro lugar,² se empeña en echar por tierra los fundamentos mismos de la fe cristiana.”

Se hace, por tal causa, necesario, en cuanto lo permiten nuestras débiles fuerzas, precisar la doctrina sobre esta materia, con cuanta claridad nos fuere posible, aun á riesgo de incidir en algunas repeticiones.

En el sentido *activo* de la palabra, el pecado

¹ Lib. II de Peec. orig., cap. 2.

² Lib. I, contra Jul., cap. 2.

original es el acto de orgullo, de desobediencia y de sensualidad, por el cual Adán y Eva, jefes del género humano, formando ellos solos la humanidad entera, perdieron para ellos y para toda esa humanidad, la gracia sobrenatural y santificante en la que habían sido creados poco antes, y al mismo tiempo las tres inmunidades preternaturales que servían de acompañamiento y de defensa á esa gracia y que debían preservar al hombre de la ignorancia, de la concupiscencia y de la muerte.

En esta acepción, el pecado original fué cometido sólo por nuestros primeros padres.

En la acepción *pasiva* de la palabra, el pecado original es esencialmente el estado de privación en el cual nuestros primeros padres, después de la caída, y todos sus descendientes naturales se encuentran desde el primer instante de su existencia, con respecto á la gracia santificante, en la cual deberían comenzar á existir y de la cual quedaron despojados.

Accidental y secundariamente es también la privación, en el niño que comienza á existir, de las tres dichas inmunidades de que habría gozado, sin la culpa de Adán.

En este sentido, el pecado original ó mancha original, *labes originalis*, como le llama la Iglesia, es la consecuencia del pecado original, tomando la palabra en el sentido *activo*.

Se llama original, porque se cometió en el origen de nuestra raza y porque se contrae en el origen de cada vida.

Sólo Cristo quedó exento de esa culpa, en razón del origen milagrosamente virginal de su humanidad, y María, la Madre del Redentor, por un privilegio singular que le alcanzaron los méritos futuros de su Hijo divino.

El castigo principal de ese pecado es la muerte eterna, es decir, la privación de la gloria: castigo rigurosamente lógico, porque la gloria es la recompensa y la consumación de la gracia, que debía ser la vida sobrenatural de nuestra alma, y de la que necesariamente la privó el pecado.

Su castigo secundario es la pérdida de tres inmunidades que debíamos recibir con la gracia y cuya privación nos abandona á la ignorancia nativa, á la concupiscencia habitual, á la muerte corpórea.

La prueba de la existencia y propagación del pecado original, no debe buscarse en el hecho, que

todos palpamos, de las miserias físicas y morales del hombre.

Ni los apologistas de la escuela de Pascal, ni los tradicionalistas, más ó menos recientes, podrían demostrar, por el solo estado de sufrimientos é imperfección á que está reducida la humanidad, que ha habido una caída original, y sobre todo, que la mancha moral que de ella resulta sea la privación de la vida sobrenatural.

“Numerosas y lamentables exageraciones, dice el Doctor Didiot, se cometen, á este respecto, cada día, por escritores católicos llenos de elocuencia y de celo.”

La verdadera y sola demostración está en la Escritura divina y en la Tradición.

Ellas formalmente enseñan que la humanidad había recibido dones sobrenaturales, comunicables por vía de generación.

Enseñan, igualmente, que esos dones no son comunicados como debieran serlo, y la experiencia lo confirma respecto de los dones preternaturales.

Enseñan, por fin, que este cambio de estado es debido á nuestros primeros padres.

Los Padres de la Iglesia y los Concilios, en el

curso de los siglos, invariablemente han consignado aquellas enseñanzas divinas.

Las tradiciones humanas, aun las de los pueblos y tribus salvajes, han conservado su recuerdo, alterado sin duda por errores groseros; pero tanto más autorizado quizá, cuanto que no parece una simple copia, fielmente calcada, en una época reciente, sobre las creencias del pueblo judío y de la Iglesia cristiana.

La razón, al estudiar al hombre, observa con profunda extrañeza, que éste no es tal como debiera ser, y para explicar este triste fenómeno, no halla causa más propicia, ni teoría más aceptable que el pecado original.

Mientras todas las criaturas tienen una aptitud natural para conseguir sus fines, el hombre no la tiene para el suyo. El fin del hombre es Dios; el medio, para llegar á él, la virtud: en esto convienen todas las escuelas, excepto los ateos y materialistas.

Ahora bien, la historia y la experiencia vienen á demostrarnos de una manera tan elocuente como desconsoladora, la aberración del hombre, de su fin.

El hombre abandonado á sí mismo, siguiendo sus inclinaciones naturales, en lugar de llegar á

Dios se aparta de él, en lugar de practicar la virtud, se abandona al vicio.

No ha sabido conocer á Dios, como lo prueban el politeísmo y la idolatría; no ha sabido darle el culto debido, como lo prueban las supersticiones y sacrificios humanos; no ha sabido practicar la virtud, como lo prueba la inmoralidad de las sociedades; y, desde el origen de la historia, vemos que la humanidad ha ido precipitándose en el mal, cada vez más, como por una pendiente fatal é inevitable.

“El asno conoció á su dueño, dice la Escritura Santa, el buey conoció la mano que le lleva al pesebre; pero el hombre no conoció al Señor.”

Y en otro lugar: “Todos se apartaron del camino derecho, todos quedaron inútiles para el bien; no hay quien haga bien, ni uno.”

O el hombre no es obra de Dios, lo cual es impío suponer, ó el hombre tal cual es, no es como salió de las manos del Creador, cuyas obras todas son perfectas y ordenadas á sus fines y por consiguiente le crió sin vicios y sin tendencias perwersas.

Porque es repugnante é imposible que una obra de Dios, infinitamente bueno y sabio, no sea cual

debe ser; y es imposible que el hombre, obra principal de Dios, haya sufrido tal alteración, sino por un justísimo castigo, impuesto por el mismo Dios.

El Eden, morada de la paz y de la dicha, era también un lugar de prueba.

Considerada en absoluto, la libertad concedida al hombre es un bien real y positivo, mientras que el abuso de la misma era una cosa hipotética y sólo posible.

Siendo libre y no habiendo llegado todavía á su término final, era preciso que él mismo lo conquistase por el buen uso de su libertad: en otro caso, este don sería inútil.

Mas toda criatura libre, por razón de su limitación, es defectible, expuesta al error en la inteligencia y al torcimiento en la voluntad, de donde resulta que Adán podía elegir el mal, como por desgracia sucedió. Según esto, ó Dios no debió dar al hombre la libertad, y por lo tanto ni la inteligencia, lo cual es limitar su bondad divina y hacer imposible la naturaleza humana, ó debió destruirla en su acto, lo cual repugna, ó debió necesariamente permitir su abuso previsto.

Por su parte hizo lo posible para que este abu-

so no tuviera lugar: ilustró la inteligencia del hombre con vastos conocimientos, fortificó su voluntad con la rectitud y los auxilios poderosos de la gracia, le impuso un precepto facilísimo, y en una palabra, le dió todos los medios y todas las probabilidades de salir vencedor.

Preciso es reconocerlo: el pecado original, en su existencia y en su propagación, es una verdad que seriamente no puede ponerse en duda.

Para los católicos es un dogma de fe.

A la filosofía incrédula del siglo XVIII y al racionalismo del siglo XIX, se deben las objeciones poco numerosas, por cierto; pero candentes y encarnizadas que se dirigen contra el dogma del pecado original.

Es preciso, para completar nuestro compendiado estudio sobre esta materia, examinarlas, aunque sea brevemente.

I

La relación del Génesis sobre la caída original es, dicen los enemigos de la Iglesia, un mito, des-